

batalla que prometistes á la hija del rey de Sobradisa cuando vos socorrió con los leones é vos libró de la muerte.—Miébrame, dijo él, é agora voy allá.—Pues cómo quereis, dijo ella, seguir este caballero, que no es tan ligero de hallar como cuidais, é vuestro plazo se allega?—Señor hermano, dijo don Galaor, dice verdad; id vos é Agrájes al plazo que pusistes, é yo iré buscar al caballero con esta doncella; que jamás será alegre hasta que lo falle, é si ser pudiera, tornarme he á vos al tiempo de la batalla.—En el nombre de Dios, dijo Amadís, pues así vos place, así sea.» E dijeron á la doncella: «Agora nos decid el nombre del caballero, é dónde lo hallará don Galaor.—Su nombre, dijo ella, no vos lo podría decir, que lo no sé, aunque fué ya tal sazón que le aguardé un mes, é le vi facer tanto en armas, que á duro lo podría creer quien lo no viese; mas donde él irá guiaré yo quien conmigo ir quisiere.—Con esto soy yo satisfecho, dijo don Galaor.—Pues seguidme,» dijo ella. Ellos se acomodaron á Dios. Amadís é Agrájes se fueron su camino como ante iban, é don Galaor en guía de la doncella.

Amadís é Agrájes, partidos de don Galaor, andovieron tanto por sus jornadas, que llegaron al castillo de Torin, que así había nombre, donde la hermosa niña et Grovenesa estaban; é antes que allí llegasen hicieron en el camino muchas buenas caballerías. Cuando la dueña supo que allí venía Amadís fué muy alegre, é vino contra él con muchas dueñas é doncellas, trayendo por la mano la niña hermosa; é cuando se vieron recibieron muy bien; mas dígovos que á esta sazón la niña era tan hermosa, que no parecía sino una estrella luciente. Así que, ellos fueron de la ver muy maravillados, que en comparación de lo que al presente parecía no era tanto como nada cuando Amadís primero la vió; é dijo contra Agrájes: «¿Qué vos parece desta doncella?—Páreceme que, si Dios hobo sabor de la facer hermosa, que por muy entero se cumplió su voluntad.» La dueña dijo: «Señor Amadís, Briolanja vos agradece mucho vuestra venida, é lo que della se seguirá con ayuda de Dios; é desarmáos é folgaréis.» Entonces los llevaron á una cámara, donde dejando sus armas, con sendos mantos cubiertos, se tornaron á la sala donde los atendían; y en tanto que hablaban con Grovenesa, Briolanja á Amadís miraba é parecíale el mas fermoso caballero que nunca viera; é por cierto tal era en aquel tiempo, que no pasaba de veinte años, é tenía el rostro manchado de las armas; mas considerando cuán bien empleadas en él aquellas mancillas eran, é como con ellas tan limpia é clara la su fama é honra hacia, mucho en su apostura y hermosura acrecentaba; y en tal punto aquesta vista se causó, que de aquella muy hermosa doncella, que con tanta afición le miraba, tan amado fué, que por muy largos é grandes tiempos nunca de su corazón la su membranza apartar pudo; donde por muy gran fuerza de amor constreñida, no lo pudiendo su ánimo sufrir ni resistir, habiendo cobrado su reino, como adelante se dirá, fué por parte della requerido, que dél y de su persona sin ningún entereño señor podía ser; mas esto sabido por Amadís, dió enteramente á conocer que las angustias é dolores, con las muchas lágrimas derramadas por su señora Oriana, no

sin gran lealtad las pasaba, aunque el señor infante don Alfonso de Portugal, habiendo piedad desta hermosa doncella, de otra guisa lo mandase poner. En esto hizo lo que su merced fué, mas no aquello que en efecto de sus amores se escribía.

De otra guisa se cuentan estos amores, que con mas razón á ello dar fe se debe; que seyendo Briolanja en su reino restituida, folgando en él con Amadís é Agrájes, que llagados estaban, permaneciendo ella en sus amores, veyendo cómo en Amadís ninguna via para que sus mortales deseos efecto hobiesen, hablando aparte en gran secreto con la doncella á quien Amadís é Galaor é Agrájes los sendos dones prometieron porque guiasen á don Galaor parte donde el caballero de la floresta había ido, que ya de aquel camino tornara; é descubriéndole su hacienda, demandó con muchas lágrimas remedio para aquella su tan crecida pasión; y la doncella, doliéndose de aquella su señora, demandó á Amadís, para cumplimiento de su promesa, que de una torre no saliese hasta haber un hijo ó hija en Briolanja, é á ella le fué dado, é que Amadís, por no faltar su palabra, en la torre se pusiera, como le fué demandado, donde no queriendo haber juntamiento con Briolanja, perdiendo el comer é dormir, en gran peligro de su vida fué puesto. Lo cual sabido en la corte del rey Lisuarte cómo en tal estrecho estaba, su señora Oriana, porque se no perdiese, le envió mandar que hiciese lo que la doncella le demandaba; é que Amadís, con esta licencia, considerando no poder por otra guisa de allí salir ni ser su palabra verdadera, tomando por su amiga aquella hermosa reina, hobo en ella un hijo é una hija de un vientre; pero ni lo uno ni lo otro no fué así, sino que Briolanja, veyendo cómo Amadís de todo en todo se iba á la muerte en la torre donde estaba, que mandó á la doncella que el don le quitase, so pleito que de allí no fuese fasta ser tornado don Galaor; queriendo que sus ojos gozasen de aquello que lo no viendo en gran tiniebla y escuridad quedaban; que era tener ante sí aquel tan fermoso é famoso caballero. Esto lleva mas razón de ser creído, porque esta hermosa reina casada fué con don Galaor, como el cuarto libro lo cuenta. Pdes en aquel castillo estovieron Amadís é Agrájes, como ois, esperando que las cosas necesarias al camino para ir á facer la batalla se aparejasen.

#### CAPITULO XLI.

Cómo don Galaor anduvo con la doncella en busca del caballero que los había derribado, fasta tanto que se combatió con él.

Don Galaor anduvo cuatro días en guía de la doncella que al caballero de la floresta le había de mostrar, en los cuales entró tan gran saña en su corazón, que no se combatió con caballero á que todo mal talante no mostrase; así que, los mas dellos por su mano fueron muertos, pagando por aquel que no conocían, y en cabo de estos días llegó á casa de un caballero que en somo de un valle moraba en una hermosa fortaleza. La doncella le dijo que no había otro lugar donde albergar pudiesen sino aquel, é que allí se fuesen. «Vayamos si quisiédes, dijo don Galaor.» Entonces se fueron al castillo, á la puerta del cual fallaron hombres é

dueñas é doncellas, que parecía ser casa de hombre bueno; y entre ellos estaba un caballero de hasta setenta años, vestido de una capa piel de escarlata, que muy bien los rescibió, diciendo á don Galaor que de su caballo decendiese, que allí se le haría de grado mucha honra é placer: «Señor, dijo don Galaor, tan bien nos acogeis, que aunque otro albergue hallásemos, no dejaríamos el vuestro.» E tomándole los hombres el caballo, é á la doncella el palafren, se acogieron todos en el castillo, donde en un palacio á don Galaor é su doncella dieron de cenar asaz honradamente; é desque los manteles alzaron fué á ellos el caballero del castillo, é preguntó paso á don Galaor si yacería con la doncella; él dijo que no. Entonces hizo venir dos doncellas, que la llevaron consigo, é Galaor quedó solo para dormir é holgar en un rico lecho que allí había; y el huésped le dijo: «De hoy mas reposad á vuestra guisa; que Dios sabe cuánto placer he habido con vos, é lo habría con todos los caballeros andantes, porque yo caballero fui, é dos hijos que tengo agora mal llagados, que su estilo no es sino demandar las aventuras, en que en muchas dellas ganaron gran prez de armas, pero anoche pasó por aquí un caballero que los derribó á entrambos de sendos encuentros, de que por muy escarnidos se tuvieron; é cabalgando en sus caballos, fueron en pos dél, é alcanzaronlo á la pasada de un río, que en una barca quería entrar; é dijéronle que, pues ya sabían cómo justaba, que de las espadas les mantuviese la batalla; mas el caballero, que de prisa iba, no lo quisiera hacer; mas mis hijos le siguieron tanto, diciendo que le no dejarían entrar en la barca, é una dueña que en ella estaba les dijo: «Cierito, caballeros, desmesura nos faceis en nos detener con tanta soberbia nuestro caballero.» Ellos dijeron que le no dejarían en ninguna guisa hasta que con ellos á las espadas se probase. «Pues que así es, dijo la dueña, agora se combatió con el mejor de vos, é si lo venciere, que cese la del otro.» Ellos dijeron que si el uno venciese, que también le convenia probar el otro, y el caballero dijo entonces muy sañudo: «Agora venid ambos, pues por al de vos partir no me puedo; é puso mano á su espada é dejóse á ellos ir; y el uno de mis hijos fué á él, mas no pudo sufrir su batalla; que el caballero no es tal como otro que él viese; é cuando el otro su hermano lo vió en peligro de muerte quisolo acorrer, firiendo al caballero lo mas bravamente que pudo; mas su acorro poco prestó; que el caballero los paró ambos tales en poca de hora, que tollidos los derribó de los caballos en el campo; y entrando en su barca, se fué su via, é yo fui por mis hijos, que mal llagados quedaron; é porque mejor creais lo que vos he dicho, quierovos mostrar los mas fuertes y esquivos golpes que nunca por mano de caballero dados fueron.» Entonces mandó traer las armas que sus hijos en la batalla tovieron, é Galaor las vió tintas de sangre é cortadas de tan grandes golpes de espada, que fué dello mucho maravillado; y preguntó al hombre bueno que armas traía el caballero; él le dijo: «Un escudo bermejo, é dos leones pardos en él, y en el yelmo otro tal, é iba en un caballo ruano.» Don Galaor conoció luego que este era el que él demandaba, é dijo contra el huésped: «¿Sabeis vos

facienda dese caballero?—No, dijo él.—Pues agora os id á dormir, dijo Galaor; que ese caballero busco yo, é si lo fallo, yo daré derecho dél á mí é á vuestros hijos, ó moriré.—Amigo, señor, dijo el huésped, yo vos loaria que metiéndoos en otra demanda, esta tan peligrosa dejádes; que si mis hijos tan mal lo pasaron, su gran soberbia lo hizo.» E fuése á su albergue.

Don Galaor durmió hasta la mañana, y demandó sus armas, é con su doncella tornó al camino é pasó la barca que ya oistes; é cuando fueron á cinco leguas de aquel lugar vieron una hermosa fortaleza, é la doncella le dijo: «Atendedme aquí, que presto seré de vuelta.» E fuése al castillo, é no tardó mucho que la vió venir, é otra doncella con ella é diez hombres á caballo, é la doncella era hermosa á maravilla, é dijo contra Galaor: «Caballero, esta doncella que con vos anda me dice que buskais un caballero de unas armas bermejas y leones pardos por saber quién; yo vos digo que si por fuerza de armas no, de otra guisa vos ni otro ninguno en estos tres años saberlo pudo, y esto vos sería muy duro de acabar, porque sed cierto que en todas las insolas otro tal caballero no se hallaría.—Doncella, dijo Galaor, yo no dejaré de lo buscar, aunque mas se encubra; é si lo hallo, mas me placiera que conmigo se combatiere que de saber dél nada por otra guisa.—Pues dello tal sabor habeis, dijo la doncella, yo vos lo mostraré antes de tercero día por amor desta mi cohermana, que vos aguarda, que me lo ha mucho rogado.—En gran merced vos lo tengo,» dijo don Galaor. Y entrando en el camino, á hora de visperas llegaron á un brazo de mar que una insola al derrededor cercaba; así que, habían de andar por el agua bien tres leguas, sin á tierra salir antes que allá llegasen; y entrando en una barca que en el puerto hallaron, juraron primero al que los pasaba que no iba allí mas de un caballero, y comenzaron á navegar. Don Galaor preguntó á la doncella por qué razón les tomaban aquella jura.—Porque así lo manda, dijo ella, la señora de la insola donde vos vádes, que no pase mas de un caballero hasta que aquel torne ó quede muerto.—¿Quién los mata ó vence? dijo don Galaor.—Aquel caballero que vos demandais, dijo ella, que esta señora que vos digo consigo tiene bien há medio año, al cual ella mucho ama; é la causa es que seyendo en esta tierra establecido un torneo por ella y por otra dueña muy hermosa, este caballero que de tierra extraña vino, seyendo de su parte, lo venció todo, é fué dél tan pagada, que nunca folgó fasta que por amigo lo hobo; é tiénelo consigo, que lo no deja salir á ninguna parte; é porque él ha querido algunas veces salir á buscar las aventuras, la dueña, por lo detener, fácele pasar algunos caballeros que lo quieren con que se combata, de los cuales da las armas é caballos á su amiga, é los que han ventura de morir entiérralos, é los vencidos échanlos fuera; é dígoos que la dueña es muy hermosa é ha nombre Corisanda, é la insola Gravisanda.» E don Galaor le dijo: «¿Sabeis vos por qué fué este caballero á una floresta donde lo yo fallé, y estuvo hí quince días guardándola de todos los caballeros andantes que en ella estaban?—Si, dijo la doncella; que él prometió un don á una doncella ante que aquí viniese, é mandóle que guardase aquella flo-

resta quince días, como lo vos decís; é su amiga, aunque mucho contra su voluntad, le dió plazo de un mes para ir y venir y guardar la floresta.» Pues en esto hablando, llegaron á la insola, y era ya una pieza de la noche pasada, mas la luna facia clara; é saliendo de la barca, albergaron aquella noche ribera de una pequeña agua, donde la doncella mandara armar dos tendejones; é allí cenaron, é folgaron hasta la mañana. Galaor quisiera aquella noche albergar con la doncella, que muy hermosa era; mas ella no quiso, como quiera que pareciale el mas hermoso caballero de cuantos habia visto, é tomaba mucho deleite en hablar con él.

La mañana venida, cabalgó en su caballo don Galaor armado é aderezado de entrar en batalla, é las doncellas é los otros hombres asimesmo, é fueron su camino. Galaor siempre iba hablando con la doncella, y preguntóle si sabia el nombre del caballero. «Cierto, dijo ella, no hay hombre ni mujer en toda esta tierra que lo sepa sino su amiga.» El hobo entonces mayor cuita de lo conocer que ante, porque siendo tan loado en armas, de tal guisa se queria encobrir; é á poco rato que andovieron llegaron á un llano, donde hallaron un muy hermoso castillo, que encima de un alto otero estaba, é al derredor habia una gran vega muy hermosa, que turaba una gran legua á cada parte. La doncella dijo á don Galaor: «En este castillo es el caballero que demandais.» El mostró muy gran placer dello, por fallar lo que buscaba, é andovieron mas adelante, é fallaron un padron de piedra á buena manera hecho, é encima dél un cuerno; é la doncella dijo con placer: «Sonad ese cuerno, que lo oya, é luego en oyéndolo verná el caballero.» Galaor así lo hizo, é vieron salir del castillo hombres que armaron un tendejon muy hermoso en el prado, é salieron hasta diez dueñas é doncellas, y entre ellas venia una muy ricamente guarnida é señora de las otras, y entraron en el tendejon. Galaor, que todo lo miraba, pareciale que tardaba el caballero, é dijo á la doncella: «¿Por qué causa el caballero no sale?—No verná, dijo ella, fasta que aquella dueña gelo mande.—Pues ruégovos por cortesía, dijo él, que llegueis á ella y le digais que le mande venir, porque yo tengo en otras partes mucho de hacer, é no puedo detenerme.» La doncella lo hizo, é como la dueña oyó el mandado, dijo: «¿Cómo! ¿en tan poco tiene él este nuestro caballero? ¿Tan ligeramente se cuida dél partir para cumplir en otras partes? Pues él irá mas presto que piensa é mas á su daño de lo que piensa.» Entonces dijo á un doncel: «Vé é di al caballero extraño que venga.» El doncel gelo dijo, y el caballero salió del castillo armado é á pié, é sus hombres le traian el caballo y el escudo é lanza é yelmo, é fué donde la dueña estaba, y ella le dijo: «Védes allí un caballero loco, que se cuida de vos ligeramente partir: agora vos digo que le hagais conoser su locura.» E abrazólo y besóle. De todo esto crecia mayor saña á don Galaor. El caballero cabalgó é tomó sus armas é fué descendiendo por un reuuesto ayuso á su paso, é parecia tan bien é tan apuesto, que era maravilla. Galaor enlazó su yelmo é tomó el escudo é la lanza, é como en lo llano le vió, dijole que se guardase; é dejaron contra sí los caballos correr, é furiéronse de las lanzas en los escudos, que los

falsaron, y desguarnecieron los arneses; así que, cada uno dellos fué mal llagado é las lanzas fueron quebradas, é pasaron el uno por el otro. Don Galaor metió mano á su espada é tornó á él; mas el caballero no sacó de la vaina la suya, mas dijole: «Caballero, por la fe que á Dios debeis, é á lo que mas amais, que justemos otra vez.—Tanto me conjurastes, dijo él, que lo haré; mas pésame, que no traigo tan buen caballo como vos; que si él tal fuese, no cesaria de justar fasta que el uno cayese, ó quebrásemos cuantas lanzas podriades haber.» El caballero no respondió, antes mandó á un escudero que le diese dos lanzas, é tomando él la una, envió á don Galaor la otra, y dejáronse así correr otra vez, y encontráronse tan fuertemente en los escudos, que fué maravilla, y el caballo de Galaor hincó las rodillas é por poco no cayó, y el caballero extraño perdió las estribas ambas, é hóbose de abrazar al cuello del caballo. Galaor firió recio el caballo de las espuelas, é puso mano á su espada, y el caballero extraño enderezóse en la silla, é hobo vergüenza fuertemente; despues metió mano á su espada é dijo: «Caballero, vos deseais la batalla de las espadas, é cierto, yo la recelaba mas por vos que por mí; si no, agora lo veréis.—Haced todo vuestro poder, dijo Galaor; que yo así lo haré fasta morir ó vengar aquellos que en la floresta mal parastes.» Entonces el caballero lo miró, é conociólo que era el caballero que á pié lo llamaba á la batalla, é dijole con gran saña: «Véngate si podieres, aunque mas creo que llevarás una mengua sobre otra.» Entonces se acometieron tan bravamente, que no ha hombre que en los ver no tomase en sí gran espanto.

Las dueñas é todos los del castillo cuidaron, segun la justa fué brava, que se querian avenir, mas veyendo la de las espadas, bien les pareció mas cruel é brava para se matar; y ellos se ferian tan á menudo y de tan mortales golpes, que las cabezas se facian juntar con el pecho á mal de su grado, cortando de los yelmos los arcos de acero con parte de las faldas dellos; así que, las espadas descendian á los almofares é las sentian en las cabezas, pues los escudos todos los facian rajadas, de que el campo era sembrado, é de las mallas de los arneses. En esta porfía duraron gran pieza, tanto, que cada uno era maravillado cómo al otro no vencía. A esta hora comenzó á cansar y desmayar el caballo de don Galaor, que ya no podía á una parte ni á otra ir; de que muy gran saña le vino, porque bien cuidaba que la culpa de su caballo le quitaba tan tarde la vitoria; mas el caballero extraño le feria de grandes golpes, é salíase dél cada que queria; é cuando Galaor le alcanzaba feríalo tan fuertemente, que la espada le facia sentir en las carnes; pero su caballo andaba ya como ciego para caer. Allí temió él mas su muerte que en otra ninguna afrenta de cuantas se viera, sino es en la batalla que con Amadís, su hermano, hobo; que de aquella nunca él pensó salir vivo; y despues dél, á este caballero preciaba mas que á ninguno otro de cuantos habia probado, pero no en tanto grado, que no le pensase vencer si su caballo no lo estorbaba; é cuando en tal estrecho se vió dijo: «Caballero, ó nos combatamos á pié ó me dad caballo de que ayudarme pueda; si no, matar vos he el vuestro, é vuestra será la culpa

desta villanía.—Todo haced cuanto podierdes, dijo el caballero; que nuestra batalla no habrá mas vagar; que gran vergüenza es turar tanto. Pues agora guardad el caballo, dijo Galaor, y el caballero le fué ferir, é con recelo del caballo que le no matase, juntóse mucho con él. Galaor, que lo firió en el escudo é tan cerca de sí lo vió, echó los brazos en él, apretando cuanto pudo, é firió el caballo de las espuelas, tirando por él tan fuertemente, que lo arrancó de la silla é cayeron ambos en el suelo abrazados. Mas cada uno tovo bien fuerte la espada, é así estovieron revolviéndose por el campo una gran pieza hasta que el uno al otro se soltó, y se levantaron en pié, é comenzaron su batalla tan brava é tan cruel, que no parecia sino que entonces la comenzaban; é si la primera en los caballos fuerte é áspera á todos semejava, esta segunda mucho mas, que, como mas sin empacho se juntasen y ferirse pudiesen, no folgaban solo un momento que se no combatiesen; mas don Galaor, que con la gran flaqueza de su caballo hasta entonces no le podiera á su guisa ferir, é agora se juntaba cada que queria con él, dábale tan fuertes é tan pesados golpes, que le hacia bravamente desatinar; pero no de tal guisa, que no se defendiese muy bravamente. Cuando Galaor vido que él mejoraba asaz, é su contrario enflaquecia, bien tiróse afuera é dijo: «Buen caballero, estad un poco.» El otro, que bien le hacia menester, estuvo bien quedo, é dijole: «Ya veis cómo yo he lo mas mejor de la batalla, é si me quisierdes decir el vuestro nombre, gran placer recibiré, é porque vos encubrides así tanto, dar vos he por quito, é sin aquesto no vos dejaré en ninguna manera.» Cierto, oyendo esto el caballero, dijo: «No me place de quitar de tal manera la batalla, porque nunca fué tal mi condicion; porque nunca mayor talante en batalla que entrase de me combatir tove que agora, porque nunca tan esforzado como agora me hallé en batalla que entrase; é Dios mande que yo no sea conocido sino á mi honra especial de un caballero solo. No tomeis porfía, dijo don Galaor; que yo vos juro por la fe que de Dios tengo de vos no dejar hasta que sepa quién sois é por qué os encobris así.—Ya Dios no me ayude, dijo el caballero, si lo por mí sabréis; que antes querria morir en la batalla que lo decir, ende mas por fuerza de armas, si no fuese á dos solos que no conozco; que á estos por cortesía ó por fuerza ninguno gelo podria ni debria negar, queriéndolo ellos saber.—¿Quién son esos que tanto preciáis? dijo Galaor.—Eso ni al no sabréis de mí, que me parece que os placiera.—Por cierto, dijo don Galaor, ó yo sabré lo que os pregunto, ó el uno de nos morirá, ó ambos.—Ni yo no quiero al,» dijo el caballero. Entonces se fueron acometer con tanta saña, que las heridas pasadas se les olvidaban é las fuerzas enflaquecidas avivadas fueron. Mas fuerza ni ardimento que el caballero extraño pusiese no le tenia pro; que Galaor le feria tan bravamente, que las armas con parte de las carnes le despedazaba; así que, mucha sangre se le iba, que el campo hacia tinto della. Cuando la señora de la insola vió al su amigo en punto de muerte, seyendo la cosa del mundo que ella mas amaba, no le pudo mas el corazon sufrir, é fué contra allá á pié como loca, é las otras

dueñas é doncellas en pos della, é cuando fué cerca de don Galaor dijo: «Estad quedo, caballero, si despedazada sea la barca que os acá pasó, que tanto pesar me habeis fecho.—Dueña, dijo Galaor, si á vos pesa de vengar á mí é á otro que mas vale que yo del mal que dél recebimos, no he yo culpa.—No hagais mal contra el caballero, dijo la dueña; que moriréis por ello á manos de quien no vos habrá merced.—No sé cómo averná, dijo él, mas yo no le dejaré en ninguna guisa si ante no sopiere lo que le pregunto.—Y ¿qué le preguntais vos? dijo ella.—Que me diga cómo ha nombre, dijo él, é por qué se encubre tanto, é quién son los dos caballeros que mas que á todos los del mundo precia.—¿Ay! dijo la dueña, maldito sea quien vos mostró ferir, é vos, que así lo aprendistes; yo vos quiero decir lo que saber quereis. Dígovos que este nuestro caballero ha nombre don Florestan, y él se encubre así por dos caballeros que son en esta tierra, sus hermanos, de tan alta bondad de armas, que aunque la suya sea tan crecida como habeis probado, no se atreve con ellos darse á conocer hasta que tanto en armas haya fecho, que sin empacho pueda juntar sus proezas con las suyas dellos; é tiene mucha razon, segun el gran valor suyo; y estos dos caballeros son en casa del rey Lisuarte, y el uno ha nombre Amadís y el otro don Galaor, é son todos tres hijos del rey Perion de Gaula.—¿Ay santa María! val, dijo don Galaor, ¿qué he fecho?» Despues rendió la espada é dijo: «Buen hermano, tomad esta espada é la honra de la batalla.—¿Cómo! dijo él, ¿vuestro hermano soy yo?—Si cierto, dijo él; que yo soy vuestro hermano don Galaor.» Don Florestan hincó los hinojos ant'él, é dijo: «Señor, perdonadme; que si vos erré en me combatir con vos no lo sabiendo, no fué por al sino porque sin vergüenza me podiese llamar vuestro hermano, como lo soy, pareciendo en algo al vuestro gran valor é gran prez de armas.» Galaor lo tomó por las manos, y levantólo suso, é tóvolo una pieza abrazado, llorando con placer por lo haber conosciado, é con piedad de lo ver tan mal trecho con tantas heridas, pensando ser su vida en gran peligro. Cuando la dueña esto vió fué mucho alegre é dijo contra don Galaor: «Señor, si en gran angustia me metistes, con doblada alegría lo habeis satisfecho.» E tomándolos consigo, los llevó al castillo, donde en una hermosa cámara en dos lechos de ricos paños los hizo acostar; é como ella mucho de curar llagas sopiese, tomó en sí gran cuidado de los sanar, considerando que en la vida de cualquiera dellos estaba la de entrambos, segun el gran amor que se habian mostrado, é la suya en duda si el su muy amado amigo don Florestan algun peligro le ocurriese. Pues así como ois estaban los dos hermanos en guarda de aquella hermosa é rica dueña Corisanda, que tanto la vida dellos como la propia suya deseaba.

## CAPITULO XLII.

Que recuenta de don Florestan cómo era hijo del rey Perion, y en qué manera habido en una doncella muy hermosa, hija del conde de Selandia.

Deste valiente y esforzado caballero don Florestan quiero que sepais cómo y en qué tierra fué engendra-

do, é por quién. Sabed que seyendo el rey Perion mancebo, buscando las aventuras con su esforzado é valiente corazon por muchas tierras extrañas, moró en Alemania dos años, donde fizo tan grandes cosas en armas, que como por maravilla entre todos los alemanes contadas eran. Pues tornándose ya á su tierra con mucha gloria y fama, avinole de albergar un dia en casa del conde de Selandia, que fué con él muy alegre; porque, así como el rey Perion holgaba de seguir el ejercicio de las armas, é con ellas mucho loor y prez habia alcanzado, é como por la experiencia él alcanzase cuantos afanes, trabajos, angustias á los buenos caballeros les convenia sufrir para que la medida de lo que obligados eran llena fuese, tenia en mucho á este Perion, como aquel que en la cumbre de la fama é gloria de las armas en que asentado estaba, é hizole mucha honra y servicio, cuanto él mas pudo; y desde cenaron y hablaron en algunas cosas por que pasaran, fué el rey Perion llamado á una cámara, donde en un rico lecho se acostó, é como del camino cansado andoviese, adormeciósse luego, é no tardó mucho que se halló abrazado de una doncella muy hermosa, é juntada la su boca con la dél; é como acordó quisose tirar afuera, mas ella lo tovo é dijo: «¿Qué es esto, Señor? ¿No folgaréis mejor conmigo en este lecho que no solo?» El Rey la cató á la lumbre que en la cámara habia, é vió que era la mas hermosa mujer de cuantas viera, é dijo: «Decidme quién sois.— Quien quiera que yo sea, dijo ella, os amo gravemente é quiero daros mi amor.— Eso no puede ser si ante no me lo decis.— ¡Ay! dijo ella, cuánto me pesa desa pregunta, porque no me tengáis por mas mala de lo que parezco; pero Dios sabe que no es en mí de al hacer.— Todavía conviene, dijo él, que lo sepa, ó no haré nada.— Antes vos lo diré, dijo ella. Sabed que yo soy hija deste conde.» El Rey le dijo: «Mujer de tan gran guisa como vos no conviene hacer semejante locura, é agora os digo que no haré cosa en que vuestro padre tan gran enojo haya.» Ella le dijo: «¡Ay mal hayan cuantos vos loan de bondad, pues sois el peor hombre del mundo é mas desmesurado! ¿Qué bondad en vos puede haber desechando doncella tan hermosa y de tan alta guisa?— Haré, dijo el rey Perion, aquello que vuestra honra é mia sea, mas no lo que tan contrario á ella es.— ¿No? dijo ella; pues yo haré que mi padre tenga mayor enojo de vos que si mi ruego ficiésedes.» Entonces se levantó é fué á tomar la espada del Rey, que cabe su escudo estaba, é aquella fué la que despues pusieron á Amadís en el arca cuando le echaron en la mar, como se os ha en el comienzo deste libro contado, é tiróla de la vaina é puso la punta della en derecho del corazon é dijo: «Agora sé yo que mas le pesará á mi padre de mi muerte que de lo al.» Cuando el Rey esto vió maravillóse, é dió un gran salto del lecho contra ella, diciendo: «Estad, que yo faré lo que quereis.» E sacándole la espada de la mano, la abrazó amorosamente, é cumplió con ella su voluntad aquella noche, donde quedó preñada, sin que el Rey mas la viese; que siendo venido el dia se partió del Conde, continuando su camino; mas ella encubrió su preñez cuanto mas pudo; pero venido el tiempo del parto, no lo pudo así

hacer; mas tuvo manera como ella é una doncella cuya fuesen á ver una su tia que cerca de allí moraba, donde algunas veces acostumbraba á ir á holgar; é travesando un pedazo de la floresta, vinole el parto tan afincadamente, que decendiendo del palafren, parió un hijo. La doncella, que en tan gran fortuna la vió, púsole el niño á las tetas é dijo: «Señora, aquel corazon que tuvistes para errar, aquel tened agora para vos dar remedio en tanto que vuelvo á vos.» E luego cabalgó en el palafren, é lo mas presto que pudo llegó al castillo de la tia é contóle el caso como pasaba, é cuando ella lo oyó fué muy triste, mas no dejó por eso de la socorrer, é luego cabalgó, é mandó que le llevasen unas andas en que ella iba algunas veces á ver al Conde por se guardar del sol; é cuando llegó donde la sobrina era apeóse é lloró con ella, é fizola meter en las andas con su hijo, é tornóse de noche sin que ninguno las viese, salvo los que entonces en su compañía llevaba, que fueron castigados que con mucho cuidado aquel secreto guardasen.

Finalmente, la doncella fué allí remediada é tornada á su padre sin que nada desto sopiese, y el niño criado fasta que á diez é ocho años llegó, que parecia muy valiente de cuerpo é fuerza, mas que ninguno de toda la comarca. La dueña, que en tal disposicion lo vió, dióle un caballo é armas é llevólo consigo al Conde, su abuelo, que le armase caballero, é así lo fizo sin saber que su nieto fuese, é tornóse con su criado al castillo; pero en la carrera le dijo que cierto sopiese que era su hijo del rey Perion de Gaula é nieto de aquel que lo ficiera caballero; y que debía ir á conocerse con su padre, que era el mejor caballero del mundo.— Cierto, Señora, dijo él, eso he yo oido decir muchas veces, mas nunca cuidé que mi padre fuese; é por la fe que yo debo á Dios é á vos, que me criastes, juro de nunca me conocer con él ni con otro, si puedo, fasta que las gentes digan que merezco ser hijo de tan buen hombre.» Y despidiéndose della, llevando dos escuderos consigo, se fué la via de Constantinopla, donde era gran fama que una cruel guerra en el imperio era movida. Allí estuvo cuatro años, en que tantas cosas en armas hizo, que por el mejor caballero que allí nunca vieran lo tovieron; é como él se vió en tanta alteza de honra é fama, acordó de se ir en Gaula á su padre é facérsele conocer; mas llegando cerca de aquellas tierras, oyó la gran fama de Amadís, que entonces comenzaba á hacer maravillas, é asimesmo la de don Galaor; de manera que su propósito fué mudado, en pensar que lo suyo ante lo dellos tanto como nada era, é por esta causa pensó de comenzar de nuevo á ganar honra allí en la Gran Bretaña, donde mas que en ninguna otra parte caballeros preciados habia, y encobrir su facienda hasta que sus obras con la satisfacion de su deseo lo manifestasen; é así pasó algun tiempo haciendo caballerias muchas, pasándolas á su honra, fasta que don Galaor, su hermano, con él se combatió, como oido habeis, y se conocieron en la manera susodicha.

Amadís estuvo cinco dias en el castillo de Grovenesa, é Agrájes con él; é siendo aderezadas las cosas necesarias al camino, partieron de allí, solamente llevando Grovenesa é Briolanja dos doncellas é cinco hombres á

caballo que los sirviesen, y tres palafrenes de diestro, con sus guarnimentos muy ricos; mas Briolanja no vestia sino paños negros, é así los habia de traer fasta que su padre vengado fuese. Pues habiendo ya andado cuanto una legua, Briolanja demandó un don á Amadís, y Grovenesa otro á Agrájes; é por ellos otorgados, no se catando ni pensando lo que fué, demandáronles que por ninguna cosa que viesen saliesen del camino sin su licencia dellas, porque no se ocupasen en otra afrenta sino en la que presente tenían. Mucho les pesó á ellos el otorgar, é gran vergüenza pasaron, porque en algunos logares fuera bien menester su socorro, que con gran derecho se pudiera emplear, que lo no hicieron; é así, iban avergonzados; é caminando como ois, á los doce dias entraron en la tierra de Sobradisa, y esto era ya noche oscura. Entonces dejaron el gran camino, é por una travesia andovieron bien tres leguas; así que, siendo gran parte de la noche pasada, llegaron á un pequeño castillo, que era de una dueña criada del padre de Grovenesa, que Galumba habia nombre, y era muy vieja é muy discreta. Llamando á la puerta, é sabiendo la compañía que era, con mucho placer de la señora y de todos los suyos gela abrieron, é acogieron dentro, donde les dieron de cenar y camas en que durmiesen y descansasen; é otro dia de mañana preguntó Galumba á Grovenesa qué camino era aquel. Ella le dijo cómo Amadís habia prometido á Briolanja de vengar la muerte de su padre, y que creyese sin duda ninguna que aquel era el mejor caballero del mundo; é contóle cómo, por ver la carreta en que ella é Briolanja iban le venciera ocho caballeros muy buenos que ella para su guarda traia; é asimesmo lo que le viera facer en el castillo contra sus hombres cuando por leones fuera socorrido. La dueña se maravilló de tal bondad de caballero é dijo: «Pues él es tal, alguna cosa valdrá su compañero, é bien podrán dar fin en este hecho que con tanta razon toman.— Mas temo de aquel traidor que no haga algun engaño con que los mate.— Por eso vengo yo á vos, dijo Grovenesa, porque me consejeis.— Agora, dijo ella, dejad en mí este fecho.» Entonces tomó tinta é pergamino, é fizo una carta é sellóla con el sello de Briolanja, é habló una pieza aparte con una doncella, é dándole la carta, le mandó lo que habia de hacer.

La doncella salió del castillo en su palafren, é tanto andovo, que llegó á aquella gran cibdad que Sobradisa se llamaba, donde todo el reino por esta causa tomaba aquel nombre; é allí era Abiseos é sus hijos Darasion é Dramis. Estos eran con los que Amadís habia de haber batalla, que aquel Abiseos matara al padre de Briolanja siendo su hermano mayor, con la gran codicia de le tomar el reino que tenia, como lo hizo; que dende entonces fasta aquella hora reinaba poderosamente mas por fuerza que por grado de los de la tierra. Pues llegada la doncella, fué luego á los palacios del Rey, y entró por la puerta así cabalgando, muy ricamente ataviada, é los caballeros llegaron por la apea, mas ella les dijo que no decenderia; que el Rey la viese é la mandase descabalar, si le pluguiere. Entonces la tomaron por la rienda, y metieronla en una sala donde el Rey estaba con sus hijos y con otros muchos caballeros, y

él la mandó que decendiese del palafren si queria decir algo. La doncella dijo: «Hacerlo he á condicion que me vos tomeis en vuestra guarda, que no reciba mal por cosa que contra vos ó contra otro aquí diga.» El dijo que en su guarda y fe real la tomaba, y que sin recelo podia decir á lo que era venida. Luego fué apeada del palafren é dijo: «Señor, yo os traigo un mandado tal, que requiere ser en presencia de todos los mayores del reino; mandados venir, é sabréislo luego.— Entiendo, dijo el Rey, que así lo están como quereis; que yo los hice venir bien há seis dias para cosas que cumplian.— Mucho me place, dijo la doncella. Pues mandados aquí juntar.» El Rey mandó que los llamasen, é cuando fueron venidos, la doncella dijo: «Rey, Briolanja, que tú tienes desheredada, te envia esta carta; mándala leer ante esta gente, é dame la respuesta de lo que harás.» Cuando el Rey oyó mentar á su sobrina Briolanja gran vergüenza hobo, considerando el tuerto que le tenia fecho; pero mandó leer la carta, é no decia al sino que creyesen á aquella su doncella lo que de su parte diria.

Los naturales del reino que allí estaban, cuando vieron aquel mensaje de su señora, gran piedad habian en sus corazones en la ver tan injustamente desheredada, y entre sí rogaban á Dios que la remediase é no consintiese ya pasar tan largo tiempo una traicion tan grande. El Rey dijo á la doncella: «Decid lo que vos mandaron; que creida seréis.» Ella dijo: «Señor Rey, verdad es que vos matastes el padre de Briolanja, é teneisla desheredada de su tierra, é habeis dicho muchas veces que vos é vuestros hijos defenderéis por armas que lo fecistes con derecho; é Briolanja os manda decir que si en ello vos teneis, que ella traerá aquí dos caballeros que sobre esta razon tomarán por ella la batalla é vos farán conoscer la deslealtad é gran soberbia que fecistes.» Cuando Darasion, el su hijo mayor, oyó esto, fué muy sañudo, que era muy airado en sus cosas, é levantóse en pié, é dijo, sin placer dello á su padre: «Doncella, si Briolanja ha esos caballeros, é por tal razon se quieren combatir, yo prometo luego la batalla, por mí é por mi padre é mi hermano; é si esto no hago facer, prometo ante estos caballeros de darla mi cabeza á Briolanja, que me la mantle cortar por la de su padre.— Cierto, dijo la doncella, Darasion, vos respondeis como caballero de gran esfuerzo; mas no sé si lo haceis con saña, que vos veo estar en gran manera sañudo; mas si vos acabádes con vuestro padre lo que vos agora diré, creeré que lo haceis con bondad é con ardimento que en vos hay.— Doncella, dijo él, ¿qué es lo que vos diréis?» Ella dijo: «Haced á vuestro padre que haga atregar los caballeros de cuantos en esta tierra son; así que, por mal andanza que en la batalla vos venga no habrán mal sino de vosotros; é si esta aseguranza dais, en este tercero dia serán aquí los caballeros.» Darasion hincó los hiñojos ante su padre é dijo: «Señor, ya veis lo que la doncella pide é lo que yo tengo prometido; é pues que mi honra es vuestra, séale otorgado por vos, que de otra manera ellos sin afrenta quedarían vencedores, é vos é nosotros en gran falta, habiendo siempre publicado que si algun cargo á la limpieza vuestra en lo pa-

sado se imputase, que por batalla de nos todos tres se ha de purgar; é aunque esto no se hobiese prometido, debemos tomar en nos este desafio; porque, segun me dicen, estos caballeros son de los locos de la casa del rey Lisuarte, que su gran soberbia é poco seso les hace, teniendo sus cosas en grande estima, las ajenas despreciar.

El Rey, que á este hijo mas que á sí mesmo amaba, aunque la muerte de su hermano, que él ficiera, culpado le ficiere, é la batalla mucho dudase, dió la seguridad de los caballeros, así como por la doncella se demandaba, seyendo ya la hora llegada, permitida del muy alto Señor, en que su traicion habia de ser castigada, como adelante oiréis. Viendo la doncella ser su embajada venida en tal efecto, dijo al Rey é á sus hijos: «Aparejadvos; que mañana serán aquí aquellos con quien de combatir vos habeis.» E cabalgando en su palafren, tanto anduvo, que llegó al castillo é contó á las dueñas é á los caballeros cómo enteramente habia su embajada recaudado; mas cuando dijo que Darasion los tenia por locos en ser de casa del rey Lisuarte, á gran saña fué Amadís movido, é dijo: «Pues aun en aquella casa hay tales que no ternian en mucho de le quebrantar la soberbia, é aun la cabeza.» Mas vió que la ira le señoreaba, y pesóle de lo que dijera. Briolanja, que los ojos dél no partía, que lo sintió, dijo: «Mi señor, no podeis vos decir ni hacer tanto contra aquellos traidores que ellos no merezcan mas, é pues que sabeis la muerte de mi padre, y el tiempo que tan sin razon desheredada me tienen, habed de mí piedad; que en Dios y en vos deo toda mi hacienda.» Amadís, que el corazon tenia sojuzgado á la virtud y en toda blandura puesto, hobo duelo de aquella hermosa doncella, é dijole: «Mi buena señora, la esperanza que en Dios teneis tengo yo, que mañana anté que noche sea la vuestra gran tristeza será en gran claridad de alegría tornada.» Briolanja se le homilló tanto, que los piés le quiso besar; mas él con mucha vergüenza se tiró afuera, é Agrájes la levantó por las manos; pues luego fué acordado que, partiendo de allí al alba del día, fuesen á oír misa en la ermita de las tres fuentes, que á media legua de Sobradisa estaba. Así folgaron aquella noche muy viciosos é á su placer; é Briolanja, que con Amadís hablara mucho, estuvo muchas veces movida de le requerir de casamiento; é habiendo temor que los pensamientos tan afincados é las lágrimas que algunas veces por sus faces veía, no de la flaqueza de su fuerte corazon se causaban, mas de ser atormentado, sojuzgado é afligido de otra por quien él aquella pasión que ella por él pasaba sostenia; así que, refrenando la razon á la voluntad, la ficiéron detener; partióse dél porque, durmiendo y reposando, á la hora ya dicha levantarse podiese.

Pues la mañana venida, tomando Amadís é Agrájes consigo á Grovenesa é á Briolanja con la otra su compañía, á una hora del día fueron en la ermita de las tres fuentes, donde de un hombre bueno ermitaño la misa oyeron, é aquellos caballeros con mucha devoción á Dios rogaron que, así como él sabia tener ellos derecho é justicia en aquella batalla, así él por su merced les ayudase; é luego se armaron de todas sus armas,

solamente llevando los rostros y manos sin ellas, é cabalgando en sus caballos, y ellas en sus palafrenes, continuaron su camino fasta la cibdad de Sobradisa llegar; donde, fuera della, hallaron al rey Abiseos é sus hijos, que con gran compañía de gente, sabiendo ya su venida, los atendian. Todos se llegaban á la parte donde Briolanja venia, que Amadís traía por la rienda, é amábanla de corazon, teniéndola por su derecha é natural señora; é como Amadís llegó con ella á la priesa de la gente, quitóle los antifaces, porque todos el su hermoso rostro viesen; é cuando así la vieron, cayendo las lágrimas de sus ojos é volviendo el rostro contra ellos, con mucho amor en sus corazones la bendecian, rogando á Dios que su desheredamiento mas adelante no pasase. Abiseos, que delante sí su sobrina vió, no pudo tanto la su codicia ni maldad, que de gran vergüenza excusarse pudiese, acordándose de la traicion que al Rey su padre ficiera; mas, como mucho tiempo en ello endurecido estoviese, pensó que la fortuna aun no era enojada de aquella gran alteza en que le pusiera; é sintiendo lo que la gente en ver á Briolanja sentia, dijo: «Gente cativa, desventurada, bien veo el placer que esta doncella con su vista vos da, y esto os hace mengua de seso; que si lo toviédes mas conmigo, que soy caballero, que con ella, seyendo una flaca mujer, os debíades contentar é honrar para vuestro descanso é defendimiento; si no, ved qué fuerza ó favor es el suyo, que en cabo de tanto tiempo no pudo alcanzar mas destos caballeros, que con tan gran engaño viniendo á recebir muerte ó deshonor, me hace haber dellos piedad.» Oyendo esto Amadís, á gran saña fué movido, tanto, que por los ojos la sangre le parecia salir, é dijo contra Abiseos, levantándose en los estribos, así, que todos lo oyeron: «Abiseos, yo veo que mucho te pesa con la venida de Briolanja, por la gran traicion que feciste cuando mataste á su padre, que era tu hermano mayor y señor natural; é si en tí tanta virtud é conocimiento hobiese, que apartándote desta tan gran maldad, á ella lo suyo dejases, daría yo lugar, quitándote la batalla, para que de tu pecado demandando á Dios merced, tal penitencia facer pudieses, que, así como en este mundo la honra tienes perdida, en el otro, donde has de ir, el ánima con su salvacion lo reparase.» Darasion salió con gran ira delante antes que su padre responder pudiese é dijo: «Cierto, caballero loco de casa del rey Lisuarte, nunca yo pensé que yo á ninguno tanto podiera sufrir que delante mí dijese; pero hágolo porque si osárdes tener lo que está puesto, mi saña no tardará de ser vengada; é si el corazon vos faltando, fuir quisiéredes, no estaréis en parte que vos no pueda haber; é mandaré castigaros de tal manera, que penen de vos todos aquellos que lo miraren.» Agrájes le dijo: «Pues que la traicion de tu padre así quieres sostener, ármate y vén á la batalla, como estás asentado; é si tu ventura fuere tal que la muerte que sobre vuestras honras teneis sea resuscitada, si no habrás aquella, y ellos contigo, que vuestras malas obras merecen.—Di lo que quisieres, dijo Darasion; que poco tardará en que esa tu lengua sin el cuerpo sea enviada á casa del rey Lisuarte; porque veyendo esta pena, se atienten los semejantes que túen sus lo-

curas.» E luego comenzó á demandar sus armas, é su padre é su hermano otrosí; é armáronse, é cabalgando en sus caballos, se pusieron en una plaza que para las lides antiguamente limitada era; é Amadís con Agrájes enlazando sus yelmos, é tomando los escudos é lanzas, se metieron con ellos en el campo.

Dramis, el hermano mediano, que era valiente caballero, tanto, que dos caballeros de aquella tierra no le tenian campo, dijo contra su padre: «Señor, donde vos é mi hermano estábades excusado tenia yo de hablar; mas agora no lo tengo yo de obrar con aquella fuerza grande que de Dios é de vos hobe; dejadme con aquel caballero que mal vos dijo; é si de la primera lanzada no le matare, nunca quiero traer armas, é si tal su ventura fuere, que no le acierte á derecho golpe, lo semejante faré del primer golpe de espada.» Muchos oyeron lo que este caballero dijo, é metieron en ello mientes, no teniendo en mucho aquella su locura, ni dudando que la no podiese acabar, segun las grandes cosas en armas le vieran facer. Pues así estando, Darasion los miró, é vió que no eran mas de dos, é dijo á altas voces: «¿Qué es eso? Sé que tres debeis de ser. Creo que el corazon le faltó al otro; llamalde que venga ahina; no nos detengamos.—No os dé pena, dijo Amadís, del tercero, que bien hay aquí quien le excuse, é yo fio en Dios que no pasará mucho tiempo que el segundo querriades ver fuera.» E dijo: «Agora os guardad.» Entonce dejaron correr los caballos contra sí lo mas recio que podieron, muy bien cubiertos de sus escudos, é Dramis enderezó á Amadís, é firieronse tan bravamente en los escudos, que los falsaron, é las lanzas llegaron á los costados, é Dramis quebrantó su lanza; mas Amadís le firió tan bravamente, que sin que el arnés fuese roto en ninguna parte, le quebrantó dentro del cuerpo el corazon é dió con él muerto en el suelo tan gran caída, que pareció que cayera una torre. «En el nombre de Dios, dijo Ardian el enano, ya mi señor es libre, é mas cierta me parece su obra que la amenaza del otro.» Agrájes fué á los dos, y encontróse con Darasion, é las lanzas fueron quebradas; é Darasion perdió la una estribera, mas no cayó ninguno dellos. Abiseos falleció de su golpe, é cuando tornó el caballo vió á su hijo Dramis muerto, que no bullia, de que hobo muy gran pesar, pero no pensaba que aun del todo era muerto; é dejóse ir con gran saña á Amadís, como aquel que á su hijo pensaba vengar, é apretó recio la lanza so el brazo, é firiólo tan duramente, que le falsó el escudo; así que, el fierro de la lanza le metió por el brazo é la lanza quebró de manera, que todos pensaron que se no podría mas sostener en la batalla.

Si desto hobo Briolanja pesar no es de pensar; que sin falla el corazon é la lumbre de los ojos le falleció, é cayera del palafren si no la acorrieran; mas aquel, que de tales golpes no se espantaba, apretó bien el puño en la buena espada que á Arcalaus tomara poco habia, é fué ferir á Abiseos de tan gran golpe por cima del yelmo, que la espada fizo decender al hombro, é cortó en él y entró por la cabeza fasta el hueso, é fué Abiseos tan cargado del golpe é tan atordido, que no pudo estar en la silla, é cayó, que apenas se podia tener. Mucho fueron espantados los que miraban cómo así Amadís de dos

golpes habia atordido dos tan fuertes caballeros, que bien creían no los haber en el mundo mejores, é dejóse ir á Darasion, que se combatia con Agrájes tan bravamente, que á duro se fallarian otros dos que mejor lo ficiessen, é dijo: «Cierto, Darasion, yo creo bien que antes os placiera agora ver el segundo fuera que el tercero sobreviniese.» E Darasion no respondió, mas cubrióse bien de su escudo. E Amadís, que lo iba por ferir, parósele Agrájes delante é dijo: «Cohermano, Señor, asaz habeis fecho; dejadme á mí con este, que con tanta soberbia me amenazó que me sacaría la lengua.» Mas Amadís, como iba con gran saña, no entendió bien lo que Agrájes le dijo, é pasó por él, é dió á Darasion tan gran golpe en el escudo, que todo lo que le alcanzó fué á tierra, é decendió el espada al arzon delantero, é cortó fasta en la cerviz del caballo, é al pasar Darasion se pasó tanto, que hobo lugar de le meter la espada por la barriga del caballo; é cuando se sintió ferido comenzó á fuir con Amadís sin lo poder tener; pero él tiró tan fuerte por las riendas, que se le quedaron en la mano; é como se vió sin ningun remedio, y que el caballo lo sacaría del campo, dióle con la espada tal golpe entre las orejas, que la cabeza le hizo dos partes, é cayó en tierra muerto, de tal manera, que Amadís fué muy quebrantado; mas levantóse muy presto aunque á grande afán, é con su espada en la mano se fué contra Abiseos, que se ya levantara, é iba á ayudar á su hijo; é á esta hora dió Agrájes con su espada tan gran golpe á Darasion por cima del yelmo, que la no pudo dél sacar, é llevóla en él metida, é comenzóle á ferir con la suya de grandes golpes; é desde Agrájes se vió sin espada no fizo continente de flaqueza, ante se metió por su espada tan presto, que el otro no tovo lugar de lo poder ferir, é abrazóse con él, así como aquel que era muy liberal; é Darasion echó la espada de la mano, é trabóle fuertemente con sus brazos, é tirando uno é otro, sacáronse de las sillas é cayeron en tierra; y estando así abrazados, que se no soltaban, llegó Abiseos é firió de grandes golpes á Agrájes, é si algo de mas vagar toviere, matáralo; mas Amadís, que así lo vió, apresuróse cuanto pudo; é Abiseos, que la falda del arnés le alzaba para la espada le meter, llegó á él, é con miedo que hobo dejóle é cubrióse de su escudo, é Amadís le dió en él un tan gran golpe, que se lo hizo juntar con el yelmo; así que, lo atordeció y estuvo por caer. Cuando Agrájes vió á su cohermano cabe sí, esforzóse mas de se levantar, é Darasion asimismo; de manera que cada uno tuvo por bien de soltar al otro, é levantándose en pié, Agrájes, que la espada del otro en el suelo vió, tomóla, é Darasion echó las manos en la que en el yelmo tenia, é tiró contra sí que la sacó, é fuése cabe su padre; mas Agrájes perdia tanta sangre de una ferida que tenia en la garganta, que todas sus armas della eran tintas. Cuando así lo vió Amadís hobo gran pesar fieramente; que se pensó ser la llaga mortal, é dijole: «Buen cohermano, folgad vos é dejadme con estos traidores.—Señor, dijo él, no lie llaga por que os deje de ayudar, como agora veis.—Pues á ellos,» dijo Amadís. Entonces los fueron ferir de muy grandes golpes; mas pensando Amadís que Agrájes era en peligro de su ferida, con el gran pesar creció la ira, é con ella la fuerza; de tal manera, que

al uno é al otro en poca de hora los paró tales, que las armas eran fechas pedazos, é las carnes poco menos. Así que, ya no pudiendo sufrir los sus muy duros golpes, andábanle fuyendo de acá é de allá, trepiendo con él gran miedo de la muerte. En esta cuita é desventura que ois se sufrió Abiseos é su hijo Darasion fasta hora de tertia; é como vió que su muerte tenia llegada, tomó la espada con ambas las manos, é dejóse ir con gran ira á Amadís, é firióle tan duramente por cima del yelmo de tal golpe, que no parecia de hombre tan mal llagado; que le llagó é derribóle el canto del yelmo, é decendió la espada al hombro siniestro, é cortóle una pieza del arnés con una pieza de la carne. Amadís se sintió deste golpe gravemente, é no tardó mucho de le dar el pago, é dióle tan mortal golpe de toda su fuerza en el malaventurado brazo con que á su hermano el Rey é á su señora natural él matara, que cortando junto al hombro, todo gelo derribó en tierra. Cuando Amadís así lo vió dijo: «Abiseos, ¿veis ende el que con traicion te puso en gran placer é alteza, é agora te porná en la muerte é fondura del infierno?» Abiseos cayó con cuita de la muerte, é Amadís miró por el otro, é vió cómo Agrájes lo tenia en tierra é le habia cortado la cabeza. Entonces fueron todos los de la tierra muy alegres á besar las manos á Briolanja, su señora.

## AMONESTACION.

Tomad enjemplo, codiciosos, aquellos que por Dios los grandes señorios son dados en gobernacion, que no solamente no tener en la memoria de le dar gracias por vos haber puesto en alteza tan crecida, mas contra sus mandamientos perdiendo el temor á él debido, no seyendo contentos con aquellos estados que vos dió y de vuestros antecesores vos quedaron, con muertes, con fuegos é robos ajenos de los que en la ley de la verdad son, quereis usurpar é tomar, é fuyendo é apartando los vuestros pensamientos de volver vuestras sañas é codicias contra los infieles, donde todo muy bien empleado seria; no queriendo gozar de aquella gran gloria que los nuestros católicos reyes en este mundo y en el otro gozan é gozarán, porque sirviendo á Dios, con muchos trabajos lo hicieron. Pues acuérdeseos que los grandes estados é riquezas no satisfacen los codiciosos é dañados apetitos, antes en muy mayor cantidad los encienden. E vosotros los menores, aquellos á quien la fortuna tanto poder é lugar dió, que seyendo puestos en sus consejos para los guiar, así como el timon á la gran nave guia é gobierna, consejadlos fielmente, amadlos, pues que en ello servis á Dios, servis á todo lo general; é aunque deste mundo no alcanceis la satisfacion de vuestros deseos, alcanzaréislo del otro, que es sin fin; é si al contrario lo faceis por seguir vuestras pasiones é vuestras codicias, al contrario os verná todo, con mucho dolor é angustia de vuestras ánimas; que con mucha razon se debe creer ser todo lo mas á cargo vuestro; porque los principales, ó con su tierna edad ó con enemiga, podria ser de sus juicios turbarse é ponerse sin ninguna recordacion de sentido en contra de las agudas puntas de las espadas, teniendo aquello por lo mejor; así que, su culpa alguna desculpa seria, en especial haciéndolo con vuestro con-

sejo. Pero vosotros, que estáis libres, que veis el yerro ante vuestros ojos, é teniendo en mas la gracia de los hombres mortales que la ira del muy alto Señor, no solamente los refrenais é procurais de quitar de aquel gran yerro, mas esperándo de ser en mayor grado tenidos mas aprovechados, olvidando lo espiritual, abrazaísos con las cosas del mundo, no se os acordando cómo muchos consejeros de los altos hombres pasaron por la cruel muerte que aquellos mismos á quien mal aconsejaron les hicieron dar; porque aunque al presente las cosas erradas, siendo conformes á los dañados deseos, mucho contentamiento dén, despues cuando es apartada aquella niebla oscura, é queda claro el verdadero conocimiento, en mayor cantidad son aborrecidas, con aquellos que las aconsejaron.

Pues tomad los unos é los otros aviso en aquel rey que la su desordenada codicia movió su corazón á tan gran traicion, matando aquel hermano, su rey é señor natural, sentado en la real silla, haciéndole la cabeza é corona dos partes; quedando él señoreando con mucha fuerza, con mucha gloria, á su parecer, aquel reino, creyendo tener la mudable fortuna debajo de sus piés. Pues ¿fruto destas tales flores sacó? Por cierto, no otro, salvo que el Señor del mundo, sofridor de muchas injurias, perdonador piadoso dellas, con el debido conocimiento é arrepentimiento, cruel vengador, no le habiendo, permitió que allí viniese aquel crudo ejecutor Amadís de Gaula, que matando á Abiseos é á sus hijos, por él fué vengada aquella tan gran traicion que á aquel noble rey fué fecha; é si sus corazones destes muy gran estrechura en la batalla pasaron en ver las sus armas rotas, las carnes muy despedazadas, á causa de lo cual la cruel muerte padescieron, no creais en ello haber pagado é purgado su culpa; ante las ánimas que con muy poco conocimiento de aquel que las crió, en sus yerros é pecados fueron parcioneras, en los crueles infiernos, en las ardientes llamas, sin ninguna reparacion perpétuamente serán dañadas.

Pues dejemos aquestas cosas perezaderas, que de otros muchos con grandes trabajos fueron mal ganadas é con gran dolor dejadas, pagando lo que pecaron por las sostener; é por nosotros por el semejante dejadas serán, é procuremos aquellas que gloria sin fin prometen.

Torna la historia á contar el propósito comenzado. Vencida la batalla por Amadís é Agrájes, en que murieron Abiseos é sus dos valientes hijos, como ya oistes, habiéndolos echado fuera del campo, no quiso Amadís desarmarse, aunque llagado estaba, hasta saber si algo de entrevale que á Briolanja para cobrar el reino habia que lo estorbaba; mas luego llegó allí un gran señor é muy poderoso en el reino, que Goman habia nombre, con hasta cien hombres de su linaje é casa, que á la sazón con él se hallaron, é aquel hizo cierto á Amadís cómo aquel reino, no pudiendo mas hacer, tan largo tiempo habia sido sojuzgado de aquel que con gran traicion á su señor natural habia muerto; é que pues Dios tal remedio pusiera, que no temiese ni pensase sino que todos estaban en aquella lealtad é vasallaje que debian contra aquella su señora Briolanja. Con esto se fué Amadís é toda la compañía á los reales palacios, donde no pasaron

ocho dias que todos los del reino, con mucho gozo é alegría de sus ánimos, vinieron á dar la obediencia á la reina Briolanja. Allí fué Amadís echado en un lecho, donde nunca aquella hermosa reina, que mas que á sí misma le amaba, dél se partió, sino fuese para dormir; é Agrájes, que muy peligroso herido estaba, fué puesto en guarda de un hombre que de aquel menester mucho sabia, teniéndolo en casa por le quitar que con ninguno hablase; que la ferida era en la garganta, é así le convenia que lo hiciese. Todo lo que mas desto en este libro primero se dice de los amores de Amadís é desta hermosa reina, fué acrecentado, como ya se os dijo; é por eso, como supérfluo é vano, se dejará de recontar, pues que no hace al caso; antes esto no verdadero contradiria é dañaria lo que con mas razon esta grande historia adelante os contará.

## CAPITULO XLIII.

De cómo don Galaor é Florestan, yendo su camino para el reino de Sobradisa, encontraron tres doncellas á la fuente de los Olmos.

Don Galaor é Florestan estuvieron en el castillo de Corisanda, como habeis oido, hasta que fueron guaridos de sus llagas; entonces acordaron de se partir por buscar á Amadís, que entendian fallarlo en el reino de Sobradisa, deseando que la batalla que allí habia él de haber no fuese dada hasta que ellos llegasen, é hobiesen parte del peligro é de la gloria, si Dios gelo otorgase. Cuando Flores an se despidió de su amiga, sus angustias é dolores fueron tan sobrados é con tantas lágrimas, que ellos habian de la gran piedad; é Florestan la conhortaba, prometiéndole que lo mas presto que ser podiese la tornaria á ver. Della despedidos, armados y en sus caballos, é sus escuderos consigo, se fueron á entrar en la barca porque á la tierra los pasasen, y en el camino de Sobradisa Florestan dijo á don Galaor: «Señor, otorgadme un don por cortesía.—¿Pesará á mí señor é buen hermano? dijo don Galaor.—No pesará, dijo él.—Pues demandad aquello que yo buenamente sin mi vergüenza pueda cumplir, que de grado lo haré.—Demándoos, dijo don Florestan, que vos no combatais en esta carrera por cosa que avenga fasta que veais que no puedo yo al hacer.—Ciertamente, dijo don Galaor, pésame de lo que demandastes.—No vos pese, dijo Florestan, que si alguna cosa yo valiere, tanto es la honra vuestra como mia. E así les avino que en los cuatro dias que por aquel camino andovieron nunca hallaron aventura que de contar sea, y el dia postrimero llegaron á una torre á tal hora que era sazón de albergar; é á la puerta del corral hallaron un caballero que de buen talante los convidó, é á ellos plugo quedar allí aquella noche; é haciéndolos desarmar é tomar sus caballos para que gelos curasen, diéronles sendos mantos que cubrieron, é andovieron por allí hablando é folgando hasta que dentro en la torre los llevaron é diéron muy bien de cenar.

Aquel caballero cuyos huéspedes eran era grande é hermoso é bien razonado; mas veíanle algunas veces tornar tan triste é con tan gran cuidado, que los hermanos miraron en ello, é hablaban entre sí qué cosa seria; é don Galaor le dijo: «Señor, parécenos que no

sois tan alegre como seria menester, é si vuestra tristeza es por cosa en que nuestra ayuda prestar pueda, decidnoslo, é harémos vuestra voluntad.—Muchas mercedes, dijo el caballero; que así entiendo que lo faréis como buenos caballeros; pero mi tristeza la causa fuerza de amor, é no vos diré agora mas, que seria mi gran vergüenza. E hablando en otras cosas, llegóse la hora del dormir; é yéndose el huésped á su albergue, quedaron ellos en una cámara asaz hermosa, donde dos lechos habia, en que aquella noche durmieron é descansaron; é á la mañana diéronles sus armas é caballos, é tornaron su camino, y el huésped con ellos, desarmado, encima de un caballo grande é ligero, por les facer compañía é por ver lo que adelante fallaban; así los fué guiando, no por el derecho camino, mas por otro qu'él sabia, donde queria ver si eran tales en armas como su presencia lo mostraba; é anduvieron tanto fasta que llegaron á una fuente que en aquella tierra habia, que llamaban la fuente de los Tres Olmos, porque hi habia tres olmos grandes é altos; pues allí llegados, vieron tres doncellas que estaban cabe la fuente. Parecieronles asaz hermosas é bien guarnidas, y encima de los olmos vieron seer un enano. Florestan se metió adelante é fué á las doncellas, é saluólas muy cortés, como aquel que era mesurado é bien criado; é la una le dijo: «Dios vos dé salud, señor caballero; si sois tan esforzado como fermoso, mucho bien os hizo Dios.—Doncella, dijo él, si tal fermosura vos parece, mejor vos paresceria la fuerza, si la menester hobierdes.—Bien decis, dijo ella; é agora quiero ver si vuestro esfuerzo bastará para me llevar de aquí.—Cierito, dijo Florestan, para eso poca bondad bastaria; é pues así lo quereis, yo os llevaré.» Entonces mandó á sus escuderos que la púsesen en un palafren que allí atado á las ramas de los olmos estaba. Cuando el Enano que suso en el olmo estaba aquello vió, dió grandes voces: «Salid, caballeros, salid; que vos llevan vuestra amiga.» E á estas voces salió de un valle un caballero bien armado encima de un gran caballo, é dijo á Florestan: «¿Qué es eso, caballero? ¿Quién vos manda poner mano en mi doncella?—No tengo yo que sea vuestra, pues que por su voluntad me demanda que de aquí la lleve.» El caballero le dijo: «Aunque ella lo otorgue, no os lo consentiré yo, que la defendí á otros caballeros mejores que vos.—No sé, dijo Florestan, cómo será; mas si no faceis al desas palabras, llevarla he.—Antes sabréis, dijo él, qué tales son los caballeros deste valle, é cómo defienden á las que aman.—Pues agora vos guardad,» dijo Florestan. Entonces dejaron correr contra sí los caballos, é hirieronse de las lanzas en los escudos, y el caballero quebrantó su lanza, é Florestan le hizo dar del brocal del escudo en el yelmo, que le hizo quebrar los lazos, é derribólo de la cabeza, é no se pudo tener en la silla; así que, cayó sobre la espada é fizola dos pedazos. Florestan pasó por él, é cogió la lanza sobre mano, é tornó al caballero, é viólo tal como muerto, é poniéndole la lanza en el rostro, dijo: «Muerto sois.—Ay señor! merced, dijo el caballero; ya védes que tal como muerto estoy.—No aprovecha eso, dijo él, si no otorgais la doncella por mia.—Otórgola, dijo el caballero, é maldita sea ella y